

LOS CÍCLOPES

POEMA

A mi hermano Gabriel.

LOS CÍCLOPES

I

El cíclope alienta con vida famosa.
Los cíclopes tienen su patria escondida.
Ninguno sucumbe. Ninguno reposa.
Son símbolos magnos de fuerza y de vida.
Virgilio,—sublime y amado maestro,—
pintó su afanosa, perenne tarea,
y al són de la lira y al soplo del estro
su verbo fué rayo, fué rayo la idea.
Cantó, de *La Eneida* siguiendo la historia,
con notas brillantes, vibrantes,
—así como en cantos de guerra y de gloria,—
su vida de torvos gigantes;
pintó sus cavernas radiantes, y luego
pintó sus figuras con tonos de fuego;
¡con fúlgidos trazos!
sus cuerpos de torso potente;
las piernas desnudas, desnudos los brazos;

ceñuda la cara, y ardiente,
y el ojo encendido, cual faro, en la frente.
¡Cuán altas, cuán firmes sus altas figuras,
de músculos recios, de recias hechuras!

En isla rocosa, que rompe las aguas
del mar de Sicilia, y en cóncavos senos
de peñas ingentes, ocultan sus fraguas;
colmenas enormes que zumban y zumban,
con largos y roncros rugidos de truenos
que en cóncavos senos rotundos retumban.

En isla que es dueña de un gran horizonte,
que alegra las tristes miradas,
y es, sólo, magnífico monte,
con altos cantiles de rocas truncadas.

Volcán es el monte, del Etna gemelo;
voraz chimenea, su fúlgida cumbre;
las ondas del golfo, las nubes del cielo,
reflejan, y copian, y agrandan su lumbre.

¡Y el monte, por ella bruñido,
parece, á su vez, un gigante,
que surge, de chispas vestido,
debajo del cielo radiante,
y encima del mar encendido!

Los cíclopes rudos las llamas encienden
que el hondo volcán aprisiona;
las llamas que, al cabo, se escapan, se extienden...
y en torno á su cumbre le ciñen, le prenden,
con aros de chispas, soberbia corona.
Retiemblan las fraguas, de cóncavos senos.
Aturden. Asombran. En ellas
los ecos más leves son voces de truenos;
las chispas más leves, centellas.
Ya el antro no es antro de sombras. Ya es fuente,
y es centro, y alcázar, de luz esplendente;
de luz que deslumbra, con ráfagas locas,
saltando en el aire, bruñendo las rocas.
Si un punto la sombra la anega,
más vivas, de nuevo, sus alas despliega;
venciendo á la sombra, magnífica llega,
y es fuerza que vence, y es lampo que ciega!

Palpitan los hornos inmensos;
palpitan con hondos latidos intensos.
Palpitan y crujen... ¡Rabiosos palpitan!
Mil llamas voraces, mil otras, en densos
hirvientes penachos, sus flancos agitan;
sus bocas,—sus puertas,—asaltan,
que el paso les cierran,
y al verse vencidas se encogen, y saltan,
con saltos que aterran...

El hierro, del horno sacado,
 despide fosfórico brillo,
 y en ascua trocado
 se rinde al impulso brutal del martillo.
 Si el fuego del horno lo funde,
 con brasas y brasas, y en trágico encierro,
 al hierro se rinde, su hermano, si el hierro
 del bronco martillo sus barras contunde.

Los cíclopes bregan, en brega rabiosa.
 Vulcano su esfuerzo dirige. Vulcano
 los tiene en su mano
 de Dios soberano. ¡Ninguno reposa!
 Retiemblan los yunques enormes, sintiendo
 los golpes terribles de tantos
 y tantos enormes martillos, hiriendo
 sus frentes robustas... Resuenan los cantos
 de yunque y martillo, con hórrido estruendo.
 Resuenan, resuenan
 en himno tremendo.
 De bárbaras notas los aires se llenan.
 ¡Resuenan, y truenan, y atruenan!
 Metálicamente,
 con fuerza creciente;
 magníficamente,
 cual suena la hirviente
 corriente del río, deshecha corriente,

que salta con rápido empuje,
 y en fondo de rocas se estrella, rugiente;
 ¡cual suena, batiendo la arisca rompiente,
 la mar, desgarrada, que rugel!
 ¡Resuenan, resuenan,
 los broncos martillos, los yunques hiriendo;
 resuenan, y atruenan,
 en himno tremendo!
 ¡Y aún más el estrépito crece!
 ¡Y el monte con él se estremecel
 ¡Crujido de un mundo parecel
 ¡Que Dios lo aniquila! ¡Que el orbe perecel
 ¡Qué estruendo! ¡Qué horrendo fragor! ¡¡Enloquecel!

Los cíclopes forjan en estos instantes
 no el rayo, serpiente de escamas brillantes,
 que asombra no más, que fascina;
 prodigio del cielo, que al mundo ilumina.
 Ya forjan, ya forjan el rayo que es furia
 del cielo indignado, si el hombre le injuria
 y el cielo sus iras desata...
 Ya forjan el rayo enemigo.
 ¡Ya forjan el rayo que es rayo y castigo!
 ¡Ya forjan el rayo que mata!
 Del rayo que mata nació la tormenta
 que es muerte y estrago. Con él se alimenta
 de rabia, de furia violenta.

¡Ya el rayo es tormenta! Del rayo primero,
de rayos y rayos audaz mensajero,
mil otros vivísimos nacen... Ya sube
del monte de fuego fantástica nube;
del hondo volcán arrancada,
de muerte y estrago preñada...
Ya marcha, con paso que arredra,
la fragua dejando, sus cóncavos senos;
ya es masa de lluvia, y es carga de piedra,
y es arca de rayos, y es tromba de truenos.
Y allá, por el aire, se aleja convulsa;
del aire se adueña y el aire la impulsa.
¡Ya va sobre el mundo la airada tormenta,
que allá sobre el mundo revienta..!
¡Temblad los mortales! El cielo, agraviado,
le dió tremebundas consignas.
¡Temblad, los mortales que estéis en pecadol
¡Temblad, las naciones viciadas é indignas!

II

*¿Qué era, decidme, la nación que un día
reina del mundo proclamó el Destino,
la que á todas las zonas extendía
su cetro de oro y su blasón divino..?*

¡Oh voz, tonante voz, la de Quintana,
sonando, resonando, soberana,
sobre un cuadro de lucha giganteo;
con notas de cañón y de campana,
¡con el tronar de un canto de Tirteol
*¿Qué era, decidme, la nación que un día
reina del mundo proclamó el Destino..?*
su acento, que clamaba, repetía,
turbando al invasor en su camino,
en tanto que su España, ¡todavía!,
por Reinos dilatados *extendía*
su cetro de oro y su blasón divino.

*Volábase á Occidente
y el vasto mar Atlántico sembrado
se hallaba de su gloria y su fortuna...
En el senopreciado
del mundo nuevo...; por el mar de Oriente,
mar de «la media luna»...,
¡doquiera Española!; cuna
de esforzados caudillos,
prez de sus Reinos; flor de las naciones;
¡castellana de espléndidos castillos,
con guardia de leones!*

*¿Qué es ya, decidme? Si en las tristes horas
de esta angustia suprema*

sonara el canto del excelso vate,
 la voz de sus canciones vengadoras,
 —¡voz del espanto, grito de anatema
 sobre el fragor del último combate!,—
 tremenda sonaría,
 con acentos de trágica Elegía.
 Los aires se quedaran, largamente,
 de sus gemidos angustiosos llenos...
 Y fuera la canción como un torrente
 de imprecaciones; cántico doliente,
 de vergüenza y furor; treno de trenos...

Dijérase que el Hado
 nos encumbró á señores
 de imperio tan feliz y dilatado,
 porque fueran mayores,
 al perderlo después, nuestros dolores.

De tanta rica tierra,
 de tanta mar, en término lejano,
 rendidas, por las artes de la guerra,
 bajo la sombra del poder hispano,
 ¿cuál nos rinde tributo?
 ¿qué mar recuerda, con su pompa vana,
 nuestro poder, entonces absoluto?;
 ¿cuál rica tierra, tras la flor lozana
 que por nosotros vió, nos rinde el fruto?

¡Oh, voz, tonante voz, la de Quintanal
 ¡Oh noche, que parece sin mañana;
 lóbrega noche, de ignominia y luto!

Musa de la Verdad, grave y austera;
 Musa de la Verdad, pues tú me inspiras:
 corrómpase mi boca, si dijera
 lisonjas, ó disculpas, ó mentiras.
 Tiempo es ya de que clame
 tu noble acento contra el mal infame
 que devora la entraña
 de un noble ser: el corazón de España;
 ¡de que el fuego las llagas cauterice,
 de que acaben las cuitas del prudente,
 de que el valor las almas vigorice..!
 ¿No ha de haber un espíritu valiente?
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
 ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

De las tierras y el mar que enriquecimos,
 costas de todo mar, campos opimos,
 —¡aun de tierras y mar en los extremos!,—
 rechazados nos vimos,
 y expulsados nos vemos.
 ¿Fué por obra de Dios omnipotente?
 ¿Es sólo por azar de la Fortuna,
 si ayer para nosotros en creciente,

menguante ya, menguante como Luna?
 ¿Será porque el destino providente,
 que fuera ayer nuestro mejor amigo,
 si vió tras la victoria la codicia,
 nos impuso el castigo
 de su eterna Justicia?
 ¡Dios lo sabe, no más! Pero, entre tanto,
 gemimos en las ansias del tormento;
 sufrimos las torturas del quebranto
 que la patria sufrió; del mal violento
 que en sus angustias siente;
 clamamos, en la sombra, ¡nuevamente!,
 víctimas de incurable desaliento,
 y en trastorno los débiles sentidos...
 ¡Sin otras tierras, y sin otros mares,
 reducidos nos vemos; reducidos
 á la pobreza de los propios lares!..

¡Ira de Dios! No, España, madre mía,
 te acuses, ni suspires
 porque en tanto dolor, sin alegría,
 y en noche tal, sombría,
 sin luz de un nuevo amanecer, te mires.
 ¿Cuál aliento, fecundo
 como tu aliento fué? Diga la Gloria
 si en los fastos del mundo
 compara la memoria,

con otra alguna, tu inmortal Historia.
 En ti se compendiaron,—tal la llama
 con la llama se junta,—las virtudes,
 que celebró la fama,
 de tu raza inmortal; ¡raza primera
 de cuantas vió la Humanidad entera!
 ¡Virtudes de la fel.. Y en ti fulgura
 su esplendor, todavía,
 como en el cielo del Ocaso dura
 la roja luz del expirante día.

Tú completaste el mundo. Tú pusiste
 bajo la Cruz entrambos hemisferios.

Y adorada te viste,
 ¡madre feliz de mágicos imperios!
 Los cíclopes forjaron tu corona,
 por excelsa, por fuerte;
 como el rayo de muerte
 que por tu mano fulminó Belona:
 tu fulgurante acero,
 de aceros no tocado, ni de balas,
 en las horas del triunfo lisonjero;
 como el casco de Palas,
 maravilla del arte;
 ¡como el carro magnífico de Martel

Mas ¡ay! que es fuerza. Tu esplendor decrece,
 y en vano, en vano, tus acentos claman.

Sufres como la madre que padece
 las culpas de los hijos que la infaman.
 Ellos son, ¡no lo dudes!,
 —no los hados adversos,—
 los que agotan y eclipsan tus virtudes;
 tus hijos: los infames, los perversos;
 los que inventan las cien esclavitudes
 en que yazgan sus míseros hermanos,
 imprudentes, por nobles y prudentes;
 los que levantan, sin pudor, las frentes
 luego que esposan á placer tus manos.
 Ellos la fuente son, causa primera
 del dolor y del mal en que te miras.
 ¡Mil veces, y otras mil, lo repitiera!
 ¡Corrómpase mi boca, si dijera
 lisonjas, ó disculpas, ó mentiras!

De antaño vienen, del famoso antaño,
 culpas tan hondas, tan intenso daño.
 No los hados adversos,
 eclipsaron, ni eclipsan, tus virtudes.
 Te postraron, te postran,—¡no lo dudes!,—
 ¡tus hijos, los perversos..!

Cuándo, fueron los Reyes,
 ¡magníficos, insignes soberanos!
 descuidados pastores de sus greyes,

por viciosos, y pérfidos, y vanos;
 cuándo, también, hipócritas villanos,
 crecidos á despecho de las leyes,
 y á su vez convertidos en tiranos.
 Los antiguos señores
 se trocaban en ávidos logreros.
 ¡Ya los conquistadores
 eran aventureros!
 Por ser maldad, medraron las maldades.
 Fué virtud, en la cumbre, la impudicia.
 Sopló sobre tus campos y ciudades
 un huracán de orgullo y de codicia.
 Cundió el contagio, con letal influjo,
 desde el Alcázar, desde el mismo templo,
 y al propio bien, de cada cual, indujo,
 más que á tu bien, por obra del ejemplo.
 El fuerte, por osado,
 no tuvo más razón que la osadía.
 Las victorias del justo y del honrado
 fueron victorias, cuando más, de un día.
 Y al ceder los antiguos ideales
 á la fuerza del hecho,
 como el árbol firmísimo y derecho
 cuando pueden con él los vendavales;
 al dar la siembra de tan negros males
 fruto fatal: el ansia del provecho,
 con el poder, el auge y la opulencia

del príncipe, feliz en su eminencia;
 con los del jefe popular, vitando,
 fortuna procurando
 por caminos de fraude y de violencia,
 —caudillo torpe de ominoso bando,—
 al menguar tu poder, se fué engendrando
 la razón de tu larga decadencia.

Y en vano fué que, á veces, la apariencia
 tus ojos maternas engañara.
 La fatal evidencia
 surgió, de nuevo, para todos, clara.
 Y en vano que tus hijos, ¡los mejores!,
 ¡dignos, buenos, humildes!,—los favores
 requiriendo, no más, de tus amores,—
 tu salud procuraran, con tu suerte.
 Fueron más los perversos, los traidores,
 ó fué su impulso, contra ti, más fuerte.

Hoy mismo,—¿no lo ves?—en largo duelo
 desventurada yaces,
 sin fe, sin esperanza, sin consuelo,
 mientras abaten sobre ti su vuelo,
 como buitres voraces,
 en gran bandada que obscurece el cielo,
 tus malos hijos, pérfidos y audaces.

Sobre ti, más que suben, se encaraman;
 medran por ti; porque te humillan crecen;
 «Madre», quizás, hipócritas, te llaman,
 y en tanto que te burlan y escarnecen,
 sufres tú, como sufren quienes aman:
 sufres, como las madres que padecen
 por hijos sin honor, que las infaman.
 ¡Ah! No lo dudes, Patria, madre mía:
 el cuadro de tu trágica agonía,
 cuadro de sombras que con sombras copio,
 no fuera, no; tus males acabarán,
 si tus hijos, tus dueños, procuraran
 tu bien... ¡el de su madre!.. más que el propio.

¡Mil veces ¡ay!, retuézanse malditos,
 en pena de sus bárbaros delitos!
 ¡Veces mil el Infierno
 sobre sus frentes sus centellas traiga!
 ¡Mil y mil veces el castigo eterno
 contra sus nombres miserables caiga!
 ¿No los ves? Disfrazados
 con formas diferentes, son los mismos.
 Los igualan sus culpas y pecados;
 sus pecados horrendos, suscitados
 por el orgullo: ¡mal de los abismos!
 En tu angustia más honda,

en el mayor oprobio que te arrastre,
 ¿cuál, que por ti,—porque resurjas,—venza:
 ¿Cuál, que á tu voz responda,
 porque, después del trágico desastre,
 no queme tus mejillas la vergüenza?
 Quienes, ante las turbas se rebajan
 fingiéndolas amor... Quienes, te humillan
 en el nombre de un Dios á quien ultrajan
 y explotan y mancillan...
 Y en el nombre de Dios, su vil hechura
 sin fe, sin caridad, sin entusiasmo,
 sórdidamente su interés procura.
 ¡En el nombre de Dios! ¡Ah, qué impostural!
 ¡En el nombre del cielo! ¡Qué sarcasmo!

Los que ayer te aprestaran sus amores
 burlados fueron. Cuantos hoy quisieran
 aliviar tus dolores,
 vencidos y humillados desesperan...
 Y en hora tal, rasgando tus entrañas,
 bajo el sol de tu cielo,
 sobre tu mismo suelo,
 por tus valles,—¡oh Dios!,—por tus montañas,
 ¡voces terribles á infamarte llegan!;
 ¡hijos tuyos te ofenden y te niegan!
 ¡No te negaban, no, mientras magnánimos

tu poder y tu esfuerzo les valían!
 ¡Te niegan hoy, que dudan de tus ánimos!
 ¡No te merecen! ¡No te merecían!..

.....

III

Oh, furia de furias, hervor de tormenta
 que el pecho me inundas, revienta,
 —y al cabo me alivia,—con gritos feroces,
 con ayes supremos, con fúnebres voces...
 ¡Oh, cíclopes justos! ¡Oh, símbolo fuerte!
 ¡Oh, nube de estrago y de muerte!
 Mi voz os invoca...

Ya sube, ya sube
 del monte de fuego fantástica nube;
 del hondo volcán arrancada,
 de muerte y estrago preñada...
 Ya viene, terrible, siniestra, convulsa.
 Del aire se adueña y el aire la impulsa.
 ¡Temblad, los mortales que estéis en pecado!
 ¡Temblad, las naciones viciadas é indignas!
 ¡El cielo, agraviado,
 le dió tremebundas consignas!

¡Oh Dios poderoso! Mi Dios, á quien ruego,
 y en honda plegaria me entrego;
 no símbolo, fuerza que todo lo mueve,
 que á todo responde, y á todo se atreve:
 dirige á Tu España Tu nube de fuego.
 La brava tormenta, fogosa, tonante,
 los aires depura, si el mundo los vicia.
 ¡Tu nube de fuego, radiante,
 será como sol de justicia!
 Tu nube de fuego, que arredra,
 que solios derrumba, que abate Moncayos.
 ¡Tú sabes qué cumbres merecen su piedral
 ¡Tú sabes qué frentes aguardan sus rayos!

...Y luego que el gran cataclismo derrumbe
 los ídolos torpes, ¡y aplaque Tus iras!,
 ¡y el último trueno retumbe.!,
 si al cabo piadoso nos miras,
 Tu España resurja; renazca señora
 del mar y la tierra,
 que acaten su ley vencedora,
 por artes de paz y de guerra;
 tocada, vestida, con lumbre de aurora;
 la España temida
 de imperios audaces, de pueblos infieles;
 la España fecunda, por libre; ceñida,
 prendida de frescos laureles.

Y al fin de las sombras las víctimas salgan.
 Y al fin Tus rigores benéficos sean.
 Oh Dios poderoso: ¡Tus iras nos valgan!
 Oh Dios justiciero: ¡mis ojos lo vean!